

## Introducción

«¿Un libro sobre la pareja y el dinero? ¡Anda, que no hay cosas que decir sobre este tema!»

Cuando comenzamos a explicar en nuestro entorno el proyecto de esta obra, bastaba con anunciarlo para levantar una polvareda, casi sin excepciones. Daba igual que el interlocutor fuera hombre o mujer, amigo o colega, con una mirada pensativa, o esbozando una sonrisa de «entendido», siempre acababan diciendo: «¡Anda, que no hay cosas que decir sobre este tema!»

Y es verdad. Tratar de circunscribir el vasto alcance de la materia no era el menor de los desafíos que presentaba este libro. Todas las parejas se sienten afectadas por un tema tan universal como el del dinero. Todas tienen su propia idea sobre la cuestión (pero no la misma, eso sería demasiado fácil). Y un día dado todas experimentan, en diversos grados, la dificultad de conjugar a dúo los diferentes modos y los diferentes tiempos del verbo hacer cuentas. Se plantean múltiples cuestiones tanto para el joven tándem apenas formado como para el dúo veterano que ya ha sobrevivido a algunas tempestades, y tanto para la pareja que se interroga sobre el modo de gestionar el presupuesto común como para la que se rompe al divorciarse. E, inevitablemente, en la vida cotidiana proliferan los conflictos.

No obstante, el objetivo de esta obra no es establecer un catálogo exhaustivo de las pequeñas y grandes miserias conyugales relacionadas con el dinero. Ni tampoco ofrecer un vademécum que permita lanzarse a la vida en común bien cargado de

recetas, sino dar algunas claves para comprender mejor lo que está en juego en una pareja cuando se enfrenta a las cuestiones financieras.

De entrada, hay que plantearse una pregunta: ¿se puede amar sin contar? Para muchos, no sólo es posible, sino que debe hacerse de ese modo, ya que la idea de que el dinero no casa bien con los sentimientos tiene mucha fuerza. Sin embargo, en la realidad, todas las parejas cuentan. Y no sólo cuentan en lo que se refiere al dinero, sino también a sus cualidades, sus manifestaciones de ternura, etc. Así pues, parecería bastante juicioso escapar de la vieja oposición entre amar y hacer cuentas a fin de intentar ver si, en el fondo, no será que esos dos verbos son más complementarios que antagonistas. Es preciso que entendamos bien lo que está realmente en juego. Porque el dinero —que en sí mismo no es más que un instrumento de medida— tanto puede ser moneda de cambio como una herramienta de opresión. Actor en la vida social, también hace acto de presencia en las transacciones íntimas. En resumen, detrás de su aparente neutralidad y de su frialdad aritmética, esconde todo lo contrario: irracionalidad y pasión, así como un elemento subjetivo y afectivo. Descifrar lo que el dinero dice sobre cada uno de nosotros, y de nuestra relación de pareja, siempre remite a interrogarse acerca del sentido que le damos y la función que estamos dispuestos a concederle.

Ahora bien, entre las diferentes maneras de contemplar el dinero es posible encontrar todas las diversas fracturas que pueden enfrentar a los individuos. Hablar de dinero en la pareja implica, necesariamente, abordar lo que la alteridad tiene de fecundo, pero también su vertiente irritante e incómoda. Gracias a una ironía del destino, nosotros mismos hemos podido experimentarlo a lo largo de la redacción de esta obra. Ahí está-

bamos, frente a frente, un terapeuta y una periodista, una pareja improbable reunida para la ocasión, a lo que había que sumar las diferencias de carácter, de generación, de sexo, de cultura y de ideología política. Enseguida, al hilo de los acontecimientos, nos dimos cuenta de que, a nuestro pesar, esas desemejanzas aparecían en nuestra discusión, y a veces daban lugar a situaciones de fricción y de incompreensión. Pero esos desacuerdos nos ayudaron a alimentar nuestra reflexión común, y nos llevaron hasta donde, sin duda, no habríamos llegado por separado. Como si el crisol donde semana tras semana se elaboraba el contenido de este libro ilustrara el trabajo de compromiso que como pareja necesitábamos para abordar las cuestiones de dinero.

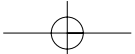
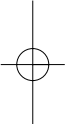
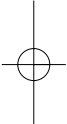
Evidentemente, esa andadura en paralelo tiene sus límites: entre nosotros no existía otro vínculo afectivo que el esbozo de una simpatía mutua. Nada que ver con los ricos y complejos lazos que se forman entre dos personas que han optado por compartir su vida. Pero esos pocos meses de diálogo, a veces espinoso, tuvieron el mérito de confirmar nuestro postulado de partida: los problemas que pueden surgir en torno al dinero a menudo conllevan la dificultad de ver al otro tal como realmente es. Así pues, dominar el tema del dinero en la pareja pasa, en primer lugar, por aceptar las diferencias. Sólo con esta condición se puede comenzar a hablar de ello. Y también es posible construir un equilibrio aceptable entre las esperanzas, las convicciones y los intereses particulares de cada uno, pero sabiendo que, periódica e inevitablemente, será necesario retocar lo ya hecho. En efecto, la cuestión del dinero en la pareja rara vez se arregla de golpe, sino que se va construyendo en el curso del tiempo, gracias a las experiencias y el conocimiento íntimo del otro, que, poco a poco y día tras día, se va adqui-

riendo. Se trata, pues, de una aventura que requiere mucho esfuerzo, una aventura que nunca concluye y que siempre está por conquistar...

Esperamos que al término de este libro hayamos infundido en nuestros lectores la idea de que vale la pena intentarlo.

PRIMERA PARTE

**LO QUE EL DINERO  
DICE DE NOSOTROS**



# 1

## ¿Uno de los últimos tabúes?

Para entender cómo el dinero irrumpe en la pareja y qué papel desempeña en ella, sin duda hay que empezar por retroceder algunos pasos para centrarse en el marco en cuyo interior se desarrolla la historia. En efecto, el mundo donde evolucionamos impregna nuestras costumbres, nuestras expectativas y nuestras elecciones con sus valores. El lugar que le otorga al dinero, la importancia que le reconoce y los límites que le asigna condicionan el modo como lo contemplamos en nuestra vida diaria. No obstante, sobre este tema la sociedad contemporánea nos manda mensajes ambiguos e incluso contradictorios.

A primera vista, en nuestras vidas el dinero está por todas partes. En el fondo de nuestros bolsillos y en nuestras cabezas. Y en lo más profundo de nuestros sueños o de nuestros pesares. Es omnipresente. Y omnipotente. En apariencia, el dinero ha perdido aquel carácter sagrado —que durante tanto tiempo le fue propio—, que suscitaba desconfianza, e incluso reprobación, malestar o pudor, en cuanto se hablaba de él. Por otro lado, con frecuencia las grandes religiones monoteístas pronunciaron un anatema contra él, por temor a que esa divinidad —pagana— desviara a los fieles del recto camino. Especialmente para los católicos, lo esencial no era mejorar su bienestar, aquí en la Tierra, sino preparar la vida para el más allá, conformándose a los valores de continencia y pobreza.

Una sentencia evangélica, por otro lado un poco maliciosa, advierte que «es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos». En consecuencia, durante mucho tiempo a los creyentes el dinero se les ha presentado como un elemento corruptor y peligroso. Y en un entorno más cercano al nuestro, cabe decir que el psicoanálisis también ha contribuido a darle una imagen de algo un poco sucio. «En todos aquellos sitios donde reinó, o bien aún persiste, el modo de pensamiento arcaico, en las civilizaciones antiguas, en el mito, los cuentos, las supersticiones, en el pensamiento inconsciente, en los sueños y en la neurosis, el dinero se relaciona íntimamente con los excrementos», escribía Sigmund Freud. Asimilarlo con las materias fecales puede conducir, de hecho, a mirarlo con una fascinación mezclada con el asco, como si fuera un objeto vagamente vergonzoso.

Sin embargo, en los últimos años el dinero parece haber ganado la partida, consiguiendo imponer sus valores, sus códigos y su moral, al mismo tiempo que la influencia de la religión se debilitaba en la vida cotidiana. En algunos decenios, encumbrado a lo más alto por la sociedad de consumo, el dinero se ha afirmado como un fin en sí mismo. De tabú ha pasado a ser un tótem, lo único que puede permitirnos adquirir los bienes materiales que nos prometen la felicidad en las publicaciones de papel cuché. Se ha convertido en el «¡Sésamo: ábrete!» que no sólo abre la puerta de la riqueza y de la acumulación de bienes, sino también la de otros valores más inmateriales, como la educación, la salud y el bienestar. Hoy se ha impuesto la idea de que todo se compra: la belleza, por poco que se pague la suma adecuada a un cirujano plástico; matrimonios por conveniencia en Los Ángeles; viajes en lanzadera espacial; niños por catálogo; islas desiertas... Y también la vida eterna: el dinero puede dar-



nos la ilusión de que escapamos de nuestra fatal condición humana, permitiéndonos reservar una plaza en una residencia de lujo para «seniors», donde sobre todo estamos comprando el derecho a olvidar que un día vamos a morir...

Así pues, desde esta lógica ya no hay por qué tener vergüenza de hablar todo lo que sea posible de dinero, ni de exhibirlo, ni de querer ganar mucho. Las fortunas más brillantes se nos ponen a modo de ejemplo. Ciertos rasgos de carácter, considerados hasta hace poco como defectos, incluso se nos pueden presentar transformados en cualidades. «¿Todavía no es avaro?», pregunta una compañía de seguros en un correo publicitario, antes de concluir, compasivamente: «Entonces, ¿cómo espera hacerse rico?» La prensa femenina va más allá: contar y volver a contar el dinero ya no es una mezquindad, sino una tendencia. Ser cada vez más rico ha pasado a ser el credo que gobierna el mundo. Y la culpabilidad parece haber cambiado de campo: hoy en día, este sentimiento afecta menos a los que ganan mucho que a los que no ganan bastante. No obstante, algunas personas continúan manteniéndose firmes y no aceptan rendirse ante esta moderna divinidad, y cada uno se las arregla con sus convicciones personales como mejor puede para hacer un uso aceptable del tema. Pero el modelo que seguimos al pie de la letra sigue estando dominado por la lógica de consumo de nuestro moderno mundo occidental.

### **¿En el amor no hay que hacer cuentas?**

Y, sin embargo, hasta en ese universo construido para su mayor gloria existe un ámbito donde el dinero sigue estando oficial y permanentemente prohibido: el del amor. ¡Es un tema

tabú! La aproximación entre esas dos palabras parece siempre poco confesable, sospechosa e indecible. Por un lado, uno de los sentimientos más nobles que existen y, por otro, un objeto de codicia... y, entre ambos, un foso infranqueable que impide pensar en los dos a la vez. «Cuando estoy enamorada de un hombre, hablar de dinero es lo último que se me pasa por la cabeza —declara Capucine, una joven de 24 años de edad—. Hay otros temas bastante más románticos...» Es posible que tras esa reticencia se esconda, precisamente, un signo de nuestra época. Hoy más que nunca se intenta disociar los impulsos del corazón de las contingencias del vil metal en los discursos y hasta en las canciones. Como si, ante la invasión del «poderoso caballero» que caracteriza a nuestra sociedad, ante esa lógica, a veces muy dura en el plano social, fuera urgente preservar intacto un último reducto de resistencia. Y aunque es bien verdad que hoy todo se compra y todo se vende, es como si la pareja siguiera viviendo en una burbuja, fuera del mundo y fuera del tiempo, en la que se podría permitir no hacer cuentas, ya que únicamente se regiría por ir en pos de lo ideal y por las leyes del amor.

Sin embargo, esta visión de las cosas procede de una larga tradición, transmitida a través de los siglos por la filosofía, la teología y la literatura. «Como todos sabemos bien, cualquier venalidad destruye el sentimiento, y el dinero y el amor jamás han podido vivir juntos», escribía Alexandre Dumas hijo en 1885. [«Amor y dinero nunca fueron compañeros», dice el refranero español.] Desde la Antigüedad, el amor es el acto desinteresado por excelencia, donde uno se olvida de sí mismo en beneficio del otro. Que se aplique a Dios o a los hombres, el amor todo lo sublima y nos acerca a la divinidad. Al ser un impulso generoso por definición, debemos distribuirlo sin hacer

cuentas y huir de cualquier clase de cálculo si no queremos que se desvíe. Inconscientemente, hemos bebido de esa herencia cultural y religiosa, imbuida de la convicción simplista de que el mundo se reparte en dos categorías: por un lado, están los que son capaces de amar y, por otro, los que calculan y hacen cuentas. Como si esos dos tipos de personas permanecieran completamente separados entre sí. Visto desde este punto de vista, el dinero se parece a un corruptor al acecho, susceptible de contaminar la pureza de los sentimientos, y, por tanto, de amenazar la buena salud de la pareja.

El corolario de este teorema es el siguiente: ya que el dinero no tiene nada que ver con el amor, la pareja no tiene por qué meterse en viles cálculos aritméticos. Lo que la voz popular traduce en el sencillo refrán de «cuando se ama, no se hacen cuentas. Lo que nos lleva a sobrentender que, cuando ya no hay amor, sí se hacen cuentas. Entonces hacemos balance y «ajustamos cuentas», y a veces de manera bastante encarnizada... ¡Adiós a la poesía, y demos la bienvenida a la aritmética! Según esta lógica, mientras hay amor, en una pareja las discusiones sobre el dinero son inútiles. Da igual que se sea mujer u hombre, cuando somos jóvenes vivimos bajo la promesa de un futuro radiante, crecemos medidos por ese hermoso cuento libre de cualquier clase de cuentas, soñando con el encuentro que cambiará nuestras vidas. Y el día en que uno cree haber encontrado por fin la joya excepcional con la que podrá compartir su vida, sus pequeñas miserias y sus grandes alegrías, la cama doble y el café del desayuno, la magia del cuento siempre entra en acción. No son momentos para hablar de dinero. Sería como una falta de buen gusto, una nota discordante en el armonioso concierto de la vida en pareja. Por otra parte, en el estado de ingravidez que caracteriza la fusión amorosa de los

primeros tiempos, el tema del dinero ni se plantea: como los dos son uno solo, la línea divisoria entre ambos parece borrarse. Es el reino (inevitable y efímero) de la indiferenciación. Todo lo mío es tuyo. Y viceversa.

El problema es que, una vez pasados los primeros tiempos del idilio, el cuento se esfuma, e incluso parece ser falso comparado con la realidad. El alquiler, las facturas, las compras en el supermercado... Y aunque todo ese fárrago materialista carezca por completo de romanticismo, forzosamente un buen día hará acto de presencia en la memoria de nuestros enamorados. Las parejas lo saben bien: desde el momento en que eligen vivir bajo el mismo techo, rápidamente se les plantean una infinidad de cuestiones prácticas: ¿quién paga qué?, ¿quién se ocupa de llenar la nevera?, ¿quién lleva el tema de las facturas?, ¿ahorraremos?, ¿nos fundimos lo ahorrado en unas vacaciones al sol o en una pantalla de plasma? Las respuestas no son sencillas y requieren ser aclaradas, e incluso negociadas.

Más allá de este aspecto puramente práctico, la vida en pareja nos lleva también a situarnos en una lógica de intercambio: ¿qué te pertenece a ti y qué me pertenece a mí, y qué nos pertenece a los dos?, ¿qué te doy, qué te debo y qué recibo de ti? Las relaciones afectivas están basadas en este trueque implícito, que incluye una donación y una deuda permanentes. El dinero no es más que una moneda entre tantas otras: en una pareja, se puede también dar (o recibir) tiempo, atención, placer físico, reconocimiento... Pero qué duda cabe de que esa moneda existe y participa al igual que todo lo demás en el libro de cuentas familiar.

## El peso de las representaciones

Pero contrariamente a lo que nos dice el sentido común, es preciso constatar que en la pareja sí se hacen cuentas. ¿Por qué entonces vivimos siempre con la convicción angelical de que deberíamos hacer lo contrario? ¿Por qué esa repugnancia a pensar en la realidad que impera en todos los actos de nuestra vida diaria? Resumiendo, ¿por qué persiste ese tabú que tanta incomodidad nos produce en cuanto se trata de hablar explícitamente de dinero en la vida en común? Por otro lado, esa reacción puede parecernos aún más asombrosa ya que las cosas no han sido siempre así. Venimos de un modelo de sociedad donde durante mucho tiempo el dinero sirvió de nexo de unión entre el marido y la mujer, especialmente por medio de la dote. Durante siglos, la institución de la pareja se formó sobre la base de unos intereses claramente explícitos. Matrimonios concertados, matrimonios de conveniencia...; es decir, se trataba sobre todo de unir dos patrimonios, y de concertar un acuerdo susceptible de garantizar la posición de cada uno, así como de consolidar la prosperidad de las familias. En aquella época, no parecía, pues, inconveniente vincular la cuestión del dinero a la de la pareja, sino todo lo contrario. ¿Por qué, entonces, lo que nuestros antepasados consideraban natural, para nosotros lo es mucho menos? Pues porque antaño los sentimientos no se tenían en cuenta. Hoy en día el problema viene planteado por la irrupción del amor en esta historia. Poco a poco, la pareja moderna ha ido rechazando el modelo del matrimonio concertado, proclamando la primacía de la felicidad individual sobre el interés de la descendencia. La pareja por amor ha pasado a ser un ideal colectivo, algo que, por otro lado, no deja de intrigar a otras culturas, que cuestionan con curiosidad —y envidia—,

pero también con escepticismo, el modelo de pareja occidental, un modelo que afirma que su unión sólo se basa en los impulsos del corazón.

Así las cosas, la cuestión del dinero a menudo se oculta. Todo aquel que se dedica a la terapia de pareja lo comprueba cada día en su práctica profesional: en la consulta, la mayoría de los pacientes hablarán con más espontaneidad de sexualidad que del tema del reparto del dinero. Tras siglos de pudoroso silencio sobre el tema, en nuestros días el lecho conyugal ha pasado a ser considerado como uno de los ámbitos donde pueden gestarse los problemas de la pareja. Y aunque sigan habiendo ciertas reticencias a la hora de abordar este tema tan íntimo, se suele admitir que hay que «hablar de eso». Pero, en cambio, en lo referente al modo de administrar el dinero en la pareja no sucede lo mismo. Quizá, en parte, en esta postura de rechazo tenga algo que ver la dificultad que existe de remitirse a una norma. En materia de sexualidad, algunas parejas son capaces de decir si creen que la suya es satisfactoria o no, tomando como punto de referencia la frecuencia y la calidad de sus relaciones. En cambio, pueden tener más dificultades para definir lo que podría ser una buena o mala política conyugal en materia de dinero. Pero, sobre todo, no siempre identifican la cuestión del dinero como algo que forma parte de su intimidad, ya que se trata de un ámbito en el que, contrariamente con lo que sucede con la sexualidad, el Estado y la sociedad pueden intervenir; por ejemplo, con las prestaciones familiares, concesión de tutelas, juicios que otorgan pensiones alimenticias y otras tantas medidas externas que regulan —e incluso controlan— los flujos financieros de las familias, dando la impresión de que este tema concierne más al ámbito social que al privado. Lo que nos lleva a que haya pocas parejas que piensen que sea

un tema que revele cómo funcionan sus relaciones. Es muy raro que se acuda a consultar a un especialista porque el cónyuge sea demasiado derrochador o excesivamente tacaño... En el transcurso de la terapia, las cuestiones de dinero sólo surgen incidentalmente.

Alain y Catherine vienen a visitarnos para consultar sus problemas de pareja. Ella sufre por el hecho de vivir a la sombra de su marido, e intenta encontrar los medios para ser autónoma. Durante una sesión tuvo lugar una disputa respecto al tema de los coches. Los dos vehículos de la pareja estaban asegurados a nombre de Alain, con el pretexto de que así podrían beneficiarse de una mayor bonificación y, en consecuencia, pagar menos, ya que él es buen conductor. Catherine acaba por reconocer que la forma de actuar de su marido le duele, porque tiene la impresión de no tener nada «suyo». Esa crispación en lo referente al dinero contribuye a aclarar el problema del lugar que cada uno ocupa en la pareja.

## Para superar los tabúes

El hecho de tomar conciencia de todas las representaciones sobre el dinero que hemos interiorizado y que determinan nuestro modo de actuar, constituye una primera y necesaria etapa para llegar a una componenda con ellas y para contemplar las cosas desde un ángulo un poco diferente. Para conseguirlo, empezaremos por recordar una verdad muy sencilla: como objeto, el dinero no es ni divino ni demoníaco, ni bueno ni malo. Pero no puede separarse de la función que se le ha destinado, ni de las intenciones del que lo utiliza. Ése es el motivo de que, en la

práctica, el dinero constituya tanto una fuente de violencia como de generosidad. Así, cuando un marido le regala a su mujer un fin de semana romántico en un hotel con encanto, le está enviando el mensaje de que piensa en ella y de que está atento a lo que le causa placer; pero el significado de este gasto cambia por completo si el marido ya había estado en ese hotel en compañía de su amante, y sobre todo si su mujer lo sabe. En este caso se trata de saber qué quiere comunicarle por medio de este regalo. ¿Quiere recordarle que siempre tendrá que competir con otras mujeres? ¿O que en lo sucesivo la considerará del mismo modo que a su amante? Cualquiera que sea la respuesta, con ella se corre el peligro de hacer daño al otro. Por tanto, el dinero puede decir cualquier cosa y su contrario. Antes que contemplarlo como una realidad sucia por naturaleza, susceptible de desnaturalizar los sentimientos con su mera presencia, es preferible entender que es un lenguaje con múltiples matices, un lenguaje más en el diálogo conyugal.

Asimismo, conviene matizar la idea de que el amor que se profesa al prójimo es completamente desinteresado. Evidentemente, se trata de un sentimiento mucho más complejo y mucho más ambivalente. Cuando uno se enamora, es indudable que pone todo su empeño en hacer feliz al otro y en dárselo todo desinteresadamente, aunque en parte también se deba a que la otra persona responde a nuestras expectativas más íntimas. Nos gusta porque halaga nuestro ego o porque nos hace reír, porque colma nuestras carencias o calma nuestras angustias. Inconscientemente, del otro esperamos cosas a cambio de lo que le damos. Para ilustrar esta realidad, el psiquiatra Milton H. Erickson solía distinguir entre cuatro formas de amor, que, según él, se van elaborando en estratos sucesivos desde la infancia. La primera es el amor de uno mismo. La etapa siguiente



consiste en quererse en el otro: «Yo me quiero en ti». Luego viene el amor del adolescente, cuya inclinación se basa en las cualidades del otro. Por último, el amor adulto encuentra la felicidad en la de su cónyuge. «La madurez del amor es la aptitud para disfrutar con el goce del otro»,<sup>1</sup> decía Erickson en una entrevista. Pero para llegar a ese grado de madurez hace falta tiempo. El amor de los cónyuges no puede ser desinteresado desde un comienzo, sino que ésta es una cualidad que se va construyendo a lo largo de las transformaciones por las que atraviesa la pareja.

Y, antes de concluir, es preciso referirse a un malentendido que merece ser aclarado: ¡hacer cuentas no es algo que se contradiga forzosamente con la generosidad! La imagen que con demasiada frecuencia se nos impone es la de las «cuentas del Gran Capitán», cálculos mezquinos basados en el toma y daca. Así, en un foro de Internet, una joven citaba un ejemplo sacado de su entorno: el hombre sólo participa económicamente en la cesta de la compra en lo referente a los productos que suele comer; en lo tocante al resto, considera que no tiene por qué llevarse la mano al bolsillo. Sin llegar hasta tales extremos, muchos imaginan que hacer cuentas supone necesariamente buscar un estricto equilibrio entre lo que se da y lo que se recibe. En resumen, se reivindica algo totalmente contrario a la gratuidad que se le presupone al amor.

Pero existen otras maneras de entender la expresión «hacer cuentas». Hacer cuentas a dúo no consiste en contar el número de cacahuètes o de yogures que cada uno se ha comido para saber quién debe pagarlos, sino más bien en saber reconocer lo

1. Jay Haley, *Changer les couples. Conversations avec Milton H. Erickson*, Issy-les-Moulineux, ESF editor, 1997.

que el otro aporta, y aceptar, si llega el caso, hallarse en deuda con él. Es decir, podemos hacer cuentas quedando como deficiarios o como deudores. Si, por ejemplo, una mujer trabajó mucho durante los primeros años de su matrimonio para que su marido pudiera acabar sus estudios, éste está en deuda con ella. Y aunque es posible que más tarde en la pareja se produzcan ciertos cambios de posición que a él le permitan devolverle lo recibido, lo importante es que nunca deje de hacerle saber de un modo claro que sigue sintiéndose en deuda con ella.

Pero contrariamente a lo que se nos ha dicho, a menudo es más difícil recibir que dar. En una pareja, aceptar la posición de deudor —es decir, reconocer que existe dicha situación— constituye una magnífica prueba de amor... Volveremos sobre este tema en la segunda parte de esta obra, porque se trata de una idea que se halla en la propia base en lo referente a establecer un buen intercambio.

Si estas pocas reflexiones previas han logrado convencernos, será más fácil hablar de dinero en la pareja. Poner el tema encima de la mesa, aclarar lo importante que puede llegar a ser, oír lo que el otro tiene que decir, etc., no sólo no compromete los sentimientos que los cónyuges se profesan, sino que les permite contemplar los problemas a medida que se vayan presentando. Y aunque este enfoque no excluya que puedan producirse situaciones de acaloramiento, gritos, quejas o incomprensión mutua, al menos en parte nos vacuna contra la temible tentación de «ajustar cuentas» cuando la situación se ha vuelto insostenible. Nada socava tanto las relaciones humanas como lo que no se dice. Una inquietud, un reproche o un resentimiento que fermentan sin poder ser expresados pronto pasarán a tener un sabor agrio y mucha resonancia en la vida común, aun cuando no se hable de ellos... Actuar de modo como si el dinero no tuvie-

*¿Uno de los últimos tabúes?*

27

ra importancia, supone correr el peligro de dejarse atrapar por él algún día. Y aunque la sociedad en la que estamos inmersos nos envíe un mensaje paradójico sobre este tema, en la pareja hay que saber hablar de dinero. Sin duda, ésta es la mejor baza para que el monedero conyugal no se convierta en una caja de Pandora que sólo sería fuente de discordia y de desolación...